
**LOS ATRIBUTOS COMUNICABLES
DE DIOS DESCRIBEN EL
CARÁCTER INTRÍNSECO DE DIOS,
ESPECIALMENTE EN SU
ACTIVIDAD HACIA LAS
CRIATURAS; ESTOS ATRIBUTOS
SON, POR TANTO, APLICADOS
ANALÓGICAMENTE A LAS
CRIATURAS, PRINCIPALMENTE A
AQUELLAS CREADAS A SU
IMAGEN.**

Rubén Posligua Morales PHD





Príncipe de Paz Ministerios

Dado que para la tradición teológica clásica el Dios trino es simple, sus atributos son idénticos a su ser.

Debido a que la esencia de quién es Dios no puede sufrir cambios, la calidad e integridad infinitas de los atributos divinos no pueden llegar a ser más grandes o más pequeñas de lo que son eternamente.

Pero, ¿cómo puede ser este el caso de sus atributos comunicables, atributos que son esenciales en la vida de Dios, pero que se demuestran en relación con su creación?



Príncipe de Paz Ministerios

Todos los actos de Dios son coherentes con y fluyen libremente de su naturaleza. Esto es tan cierto de los atributos comunicables como de los incommunicables. Mientras que la santidad de Dios, por ejemplo, es un atributo esencial, su ira parece ser contingente: presupone una creación (caída).

Sin embargo, no deberíamos enfrentar lo que es parte esencial del carácter de Dios con sus acciones para con la creación. Son las criaturas las contingentes, no el carácter o la actividad de Dios. La ira divina es simplemente la forma de manifestarse de la santidad de Dios en el contexto de la rebelión y el pecado.

De la misma manera, la misericordia de Dios presupone la existencia de criaturas pecaminosas necesitadas de redención, pero esta misericordia es la forma en que Dios comunica su intrínseca bondad amorosa hacia los objetos de esa redención.

Los atributos comunicables de Dios muestran de un modo singular su naturaleza profundamente personal. Cada atributo de Dios es igualmente un atributo de cada una de las personas de la Trinidad: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo.

Además, la gracia, la fidelidad y el amor de Dios nos hablan de su carácter personal de una manera que su omnipresencia o simplicidad no pueden hacer con tanta facilidad. Puesto que Dios creó a los seres humanos como una imagen analógica de sí mismo, la atribución de atributos comunicables a Dios no es una proyección antropomórfica de nuestra imagen sobre Dios, sino una proyección teomórfica de la imagen de Dios sobre nosotros.

Así pues, es con especial referencia a los atributos comunicables que se dice que los seres humanos fueron creados a imagen de Dios, y asimismo, en la obra redentora de Dios, recreados y conformados a la imagen de Cristo.



Príncipe de Paz Ministerios

**LA BONDAD DE DIOS
ES LA PERFECCIÓN
DE SU NATURALEZA Y
EXCELENCIA MORAL.**



Príncipe de Paz Ministerios

La bondad de Dios puede concebirse en términos de Dios en sí mismo (ad intra) y de la obra de Dios en la creación (ad extra). Una cosa es buena en la medida en que es todo lo que puede y debe ser, es decir, perfecta.

Sólo Dios es todo lo que puede y debe ser. Por lo tanto, dado que Dios es totalmente perfecto, que no carece de nada, él es el bien supremo y absoluto. Además, dado que él ya es completamente perfecto de acuerdo con su naturaleza, no tiene fin, ni bien, hacia el que ir en pos.

Es decir, Dios es inmutablemente incapaz de volverse más bueno o menos bueno.



Príncipe de Paz Ministerios

Referirse a la bondad de Dios es simplemente referirse a Dios mismo.

Esto es, la esencia de Dios es idéntica a la bondad, y la bondad es un atributo esencial y necesario de la naturaleza divina.

Ya que Dios es infinito, su bondad es tan inconmensurable como lo son su ser y naturaleza. Además, como autosuficiente, Dios no deriva su bondad de ninguna otra cosa. Por lo tanto, se basa en sí mismo como bueno.



Príncipe de Paz Ministerios

La bondad de la naturaleza divina se contempla principalmente en la perfección de las relaciones entre las personas de la Trinidad.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se deleitan, aman y descansan eternamente en la bondad de cada uno.

Ninguno, por ser la plenitud de la Deidad, carece de nada en la perfección de sus relaciones eternas con las otras personas.



Príncipe de Paz Ministerios

La bondad de Dios no es estática ni está aislada dentro de él, sino que es difusiva y desbordante, como demuestra la decisión libre de Dios de crear.

Como creador, su bondad se desborda tanto en la creación como en la providencia. La creación es buena porque Dios, que es bueno, es su origen y causa, su base y estándar (Gn 1:25; 1 Tim 4:4).

Mientras que atributos divinos como la infinitud y eternidad no pueden ser ejemplificados por las criaturas, éstas sí participan en atributos divinos de bondad en mayor o menor grado.

Dado que Dios es el bien supremo y absoluto, él es el principal objetivo en pos del cual se dirige la creación, ya sea consciente o inconscientemente. Por tanto, el fin adecuado de la humanidad es amar y descansar en Dios. Además, Dios no puede crear el mal. El origen del mal moral es el amor a los bienes menores como fines, en lugar de amar a Dios como un fin a través de los bienes creados.

El propósito principal de Dios al crear, redimir y juzgar es manifestar el resplandor de su bondad. De la misma manera que un único diamante se puede ver a través de múltiples facetas, así también la bondad de Dios se comprende en una pluralidad de atributos.

En cada atributo divino, como la misericordia, la gracia, el amor, la paciencia, la justicia y la ira, se puede aprender lo que significa que Dios es bueno.

La bondad de Dios se puede conocer a través de la revelación general de la creación, pero se hace mucho más evidente en la obra de redención que se conoce a través de la revelación especial. La bondad de Dios se pone de manifiesto en su amor por su pueblo del pacto (Sal 25:7) y por bendecirlo con cosas buenas (Neh 9:25). Además, la bondad de Dios se ve ante todo al mirar a Cristo, el eterno Hijo, quien se hizo carne y fue crucificado por el pecado humano.

La vida y muerte de Cristo nos muestra la verdadera naturaleza de Dios como misericordioso, santo, justo, lleno de gracia y amoroso. A los pecadores que no merecen ninguna cosa buena, sólo el castigo eterno, Dios les otorga gracia. Como el bien supremo, Dios se entrega a sí mismo en el acto de perdonar, reconciliar y redimir. El cristiano es santificado por la obra del Espíritu Santo hasta que, en la gloria, es hecho perfecto, finalmente capaz de amar, deleitarse y descansar en la bondad de Dios para siempre.



Príncipe de Paz Ministerios

El amor de Dios es el atributo divino que indica la disposición de Dios a darse a sí mismo y para el bien del otro.



Para muchos, el amor de Dios se considera su atributo central en el sentido de que todos los demás atributos divinos no son sino expresiones de su amor. Otros consideran que la santidad o la soberanía de Dios es su atributo central. Otros más argumentan que no puede haber un solo atributo primario.

Independientemente de si uno ve el amor divino como la descripción central del ser de Dios, no hay duda de que cada atributo divino está en armonía con todos los demás. Cada atributo expresa el amor superabundante de Dios.

Esto significa que Dios demuestra su amor no sólo en su bondad, misericordia, gracia, compasión y fidelidad, sino también en su santidad, justicia, celos e ira. Su amor es santo, así como su santidad es amorosa.



Príncipe de Paz Ministerios

Dios no ejerce su amor únicamente hacia su creación, porque esto implicaría que Dios no se realizó completamente hasta que creó algo. Más bien, las relaciones trinas eternas entre Padre, Hijo y Espíritu se caracterizan por el amor.

Algunos teólogos describen la Trinidad como una reciprocidad de relaciones amorosas, mientras que otros describen este amor original en términos de un amor propio divino legítimo.

De cualquier manera (o tal vez de ambas), los cristianos están de acuerdo en que desde la eternidad Dios ha desbordado de amor.



Príncipe de Paz Ministerios

El Dios de amor se ha revelado a través de su auto entrega, de la participación y comunicación de sí mismo. Su amor es personal y relacional.

La inmanencia de Dios debe proclamarse con tanta pasión como su trascendencia; él es un Dios que se acerca a sus criaturas, que busca tener comunión con ellas. El Antiguo Testamento representa la disposición divina hacia las relaciones amorosas mediante la palabra hebrea *josed* (La fidelidad de Dios basada en el pacto).

A través de sus pactos con Israel, Yahvé se unió a su pueblo en un acto de profundo amor y reciprocidad, un amor que no es necesario por nada meritorio en ellos (Dt 7:7).



Príncipe de Paz Ministerios

En el Nuevo Testamento, el amor de Dios se demuestra de la manera más conmovedora en la encarnación y muerte de Jesucristo, a través de las cuales Dios el Hijo intercambió la gloria celestial por la servidumbre terrenal y dio su vida por amor a sus amados enemigos (Fil 2:1–11).

Con amor, Dios se ha expuesto a un gran sufrimiento y violencia a manos de su amados (Rom 5:6–10).

Dios ama, como diría Santiago, no sólo de palabra sino de hecho. Su amor es su disposición divina a estar pendiente de sus criaturas y actuar por su bien, incluso aunque eso suponga un elevado coste para él.



Príncipe de Paz Ministerios

Dios no debería concebirse como alguien que vive bajo un estándar independiente de lo que cuenta como amor; más bien él mismo define el amor para la humanidad. Dios es amor (1 Jn 4:8).

El amor de Dios es un atributo comunicable en el sentido de que debe ser imitado por la humanidad. Como receptores del amor divino, los creyentes devuelven el amor, aunque de una manera humana limitada, tanto a Dios como a los demás.

Con sus propias acciones, Dios le enseña al mundo a amar de manera activa y sacrificial, no sólo a aquellos que se encuentran dentro de la propia familia o tribu, sino a cada prójimo (Mt 22:39–40), incluso a los enemigos (Mt 5:44).



Príncipe de Paz Ministerios

Tres de las tensiones teológicas relacionadas con la doctrina del amor de Dios son las siguientes:

La dificultad de reconciliar a un Dios de amor con un mundo quebrantado y sufriente: el problema del mal.

La relación entre el amor de Dios y su justicia: ¿se puede decir que Dios es amoroso cuando castiga eternamente a aquellos que se rebelan contra él?

La tensión entre el amor de Dios y la doctrina de impasibilidad divina: ¿se puede afirmar que Dios ama si no “sufre” con sus criaturas?



Príncipe de Paz Ministerios

Pero es que a través Cristo, Dios sí sufrió con sus criaturas, y la Biblia proclama que el amor de la cruz es una fuerza más poderosa que cualquier otra cosa que existe (Rom 8:31–39). “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn 15:13).

A pesar de la permanencia de algún misterio en las tres tensiones enumeradas anteriormente, los cristianos depositan su fe en el carácter revelado de Dios. Los creyentes pueden estar seguros de que el amor de Dios no se ve disminuido ni amenazado por nuestras preguntas sin respuesta. Dios mismo ha demostrado que el amor verdadero, por naturaleza, se entrega a sí mismo.



Príncipe de Paz Ministerios

LA
MISERICORDIA
DE DIOS
DESCRIBE SU
DISPOSICIÓN
CENTRADA EN EL
PERDÓN
COMPASIVO
HACIA SU
PUEBLO,
ESPECIALMENTE
A LA LUZ DE SUS
CIRCUNSTANCIAS
ANGUSTIOSAS Y
TERRIBLES.





Príncipe de Paz Ministerios

La misericordia de Dios es uno de los atributos comunicables de Dios, un atributo que los humanos pueden emular en sus relaciones los unos con los otros. A lo largo de la Biblia, la misericordia de Dios se representa no sólo como la disposición de Dios sino como su acción en favor de un pueblo que no lo merece.

La Biblia a menudo combina otros atributos divinos con “misericordia”: compasión, gracia, fidelidad, bondad.

La misericordia es una expresión relacional del carácter de Dios y fluye de sus atributos de bondad y amor. Es un aspecto vital de la relación de pacto de Dios con su pueblo que está basada en la gracia. La misericordia de Dios es evidente cada vez que se retrasa el castigo, incluso cuando su pueblo está perdido en el pecado y no es consciente de las consecuencias relacionales que conlleva este pecado (Ex 34:6–7; Ez 33:10–11).

Cuando las circunstancias del pueblo de Dios son terribles, debido al conflicto inminente, la persecución física y espiritual u otros tipos de sufrimiento, aquellos que temen a Dios apelan precisamente a su carácter misericordioso. Oran con la expectativa de que actuará voluntaria y poderosamente como lo hizo en el pasado (Dn 9:17–19; Sal 25:6–7; 51:1–2). Una y otra vez en las Escrituras, Dios demuestra su misericordia al salvar, redimir y restaurar a su pueblo.

Debido a que la misericordia es un atributo comunicable de Dios, la Biblia también declara que el pueblo de Dios debería tener la misma disposición hacia los demás y que su pueblo debería actuar en favor suyo (Ef 2:1–10).

En el Nuevo Testamento, Jesús condena a los fariseos por su falta de misericordia, y acentúa la importancia de la misericordia junto con la acción a través de su enseñanza (Mt 23:23–24; también la parábola del buen samaritano en Lc 19:25–37).

Jesús no sólo enseña acerca de la misericordia de Dios sino que la encarna. En su papel como Hijo de David, demuestra que es la revelación física de la misericordia de Dios (Mt 9:27–31).



Príncipe de Paz Ministerios

La gracia de Dios es un favor divino inmerecido, un favor del que vienen muchos dones.

La gracia de Dios fluye de su vida inter-trinitaria y otorgadora de dones. Incluso en el estado caído de la humanidad, Dios otorga gratuitamente a sus criaturas cosas buenas que no merecen. El mayor de estos bienes es Jesucristo.

El audaz hilo conductor de la gracia en la Biblia es un marcador característico del cristianismo, uno que lo distingue de otras religiones. J. Gresham Machen señaló: “El centro mismo y núcleo de toda la Biblia es la doctrina de la gracia de Dios”. Las obras de Dios en la creación, así como su pactos, sus promesas, su palabra y su obra de redención, brotan de su gracia.

Todo lo que tenemos se debe a la gracia, pero, como dice Michael Horton, la gracia en sí “no es una tercera cosa o sustancia”, porque “en la gracia, Dios se da nada menos que a él mismo”.

La gracia de Dios hacia la humanidad surge de la plenitud de su ser. Él es un Dios de gracia. Cuando Dios se apareció a Moisés declaró su nombre, Yahvé, el YO SOY, como la suma de su ser eterno. Esta naturaleza incluye su gracia: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Ex 34:6). J. I. Packer sugiere que la gracia es simplemente el amor de Dios demostrado hacia quienes merecen lo contrario. La gracia de Dios es su vida otorgadora de dones, y el don es él mismo.

La gracia de Yahvé no es una reacción a nuestro comportamiento como criaturas, sino la extensión de Dios dándose eternamente a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu. Jesucristo trajo al hombre la gracia que ya era como el Hijo eterno dentro de la Trinidad (“lleno de gracia y verdad”, Jn 1:14–18). Por lo tanto, al recibir “la gracia del Señor Jesucristo” participamos en la plenitud divina del “amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo” (2 Cor 13:13).

Los teólogos identifican varios tipos de gracia, varios propósitos por los cuales Dios ejerce este atributo divino. La gracia común, una categoría que se encuentra con mayor frecuencia en la teología reformada, es todo el favor que Dios le muestra a la humanidad que es menor que la salvación.

La teología wesleyana-arminiana enseña un concepto similar con su universal gracia preveniente, una gracia que se extiende a todos y que les permite tomar una decisión libre a favor o en contra de Dios. La gracia especial, por otro lado, es la gracia salvífica, la obra del Espíritu de aplicar la expiación de Cristo a los seres humanos. La gracia justificadora y la gracia santificadora son lo que algunos denominan la “gracia futura”.

La teología reformada afirma que la gracia salvadora es efectiva e irresistible, porque está soberanamente ordenada por Dios.

Protestantes, católicos romanos, wesleyanos-arminianos, gracia libre, reformados y ortodoxos, formulan sus puntos de vista sobre la gracia de manera diferente. El tema central que los separa tiende a tener que ver con cuándo o cómo el mérito (las buenas obras) coopera con el favor divino.

En la mayoría de las religiones no cristianas, la gracia está ausente; y si lo está, la gracia se concibe como la capacitación de Dios, como la ayuda divina que le permite al hombre alcanzar la salvación.

Como dice el Libro de Mormón, contradiciendo mediante una adición el enunciado de Pablo en Efesios, “es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos”



Príncipe de Paz Ministerios

La santidad de Dios habla de la existencia de Dios como completamente separada de su creación y, al mismo tiempo, de su naturaleza pura y absolutamente incorruptible.



Príncipe de Paz Ministerios

La Biblia demuestra la santidad de Dios de dos maneras únicas pero coherentes. La primera es su distinción con respecto a su creación (Is 6:3; Sal 99:9).

Dios es totalmente otro; este es un aspecto esencial de la adoración que merece (Os 11:9). A lo largo de la Biblia, la santidad de Dios es la base de nuestra comprensión de su existencia fuera del tiempo y el espacio.

Y, sin embargo, de manera algo sorprendente, la Biblia continuamente presenta su santa presencia manifestándose dentro e incluso morando entre su pueblo.

La segunda forma en que la Biblia demuestra la santidad de Dios es describiendo su presencia pura e incorruptible, una presencia que decide manifestar en proximidad con su pueblo escogido.

En el Antiguo Testamento, Dios manifiesta su santa presencia en varios lugares singulares, marcándolos como espacios sagrados, a los que los humanos solamente podían entrar observando ciertas purificaciones rituales centradas en la adoración. No obstante, la santidad de Dios es incorruptible y no puede volverse impura por el contacto con la humanidad pecadora.

De hecho, tal contacto inmediatamente da como resultado que la presencia santa de Dios destruya o consuma totalmente la impureza, una presencia representada como un fuego consumidor (Lv 10:1–3; Dt 4:24).

El Antiguo Testamento relaciona estrechamente la santidad de Dios con su presencia manifestada en el lugar central del culto de Israel, el tabernáculo y, más tarde, el templo de Jerusalén (Sal 5:7; 11:4). Las Escrituras presentan a Yahvé residiendo en el centro del campamento de Israel dentro de la habitación más interior del tabernáculo, el lugar santísimo.

Siguiendo cuidadosamente y con un absoluto sentido de adoración los mandamientos rituales de la ley, permitió que ciertos sacerdotes entraran a distintas secciones del tabernáculo sin temor a la destrucción por culpa de su estado de pecado.

Cuando las personas y los sacerdotes se dedicaban a reconocer seriamente y a celebrar con alegría la presencia de Dios en medio de ellos, no sólo declaraban la santidad de Dios sino que también solidificaban su identidad como pueblo escogido de Dios

El Nuevo Testamento muestra la santidad de Dios en el ministerio de Jesucristo y la obra continua del Espíritu Santo. Jesús, el Santo de Israel y la Segunda Persona de la Trinidad, se presenta como la explicación vívida de la santidad de Dios en forma humana (Mc 1:24). Cristo no sólo estaba libre de la influencia del pecado, también estuvo involucrado en múltiples situaciones en las que sanó a los enfermos y necesitados a través de su toque (situaciones que hubieran hecho que cualquier otro individuo quedara impuro). Sin embargo, debido a su estado santo, ninguna de estas cosas tuvo ninguna influencia corruptora sobre él.

El Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad, también representa la santidad de Dios en la tierra habitando en los seguidores de Jesús y obrando de maneras poderosas dentro de la Iglesia (Jn 16:4–15). Al igual que el pueblo de Israel, los seguidores de Jesucristo están llamados a ser personas santas que no sólo están libres de la corrupción del pecado, sino que también ofrecen continuamente sus vidas como sacrificios santos a Dios (Lv 11:4; 1 Pe 1:15–16; Rom 12:1–2).



Príncipe de Paz Ministerios

LA JUSTICIA DE
DIOS HABLA
DEL CARÁCTER
DE DIOS,
ESPECÍFICAMEN
TE EN RELACIÓN
CON LA
COHERENCIA
ENTRE SU
VOLUNTAD
REVELADA Y
SUS ACCIONES
A FAVOR DE SU
PUEBLO.





Príncipe de Paz Ministerios

Cuando se habla de la justicia de Dios en la Biblia, se hace en el contexto de su gobierno y reinado como rey y juez sobre su creación (Sal 97:2; Hch 17:31).

Como juez, Dios no sólo actúa de acuerdo a lo que se considera correcto; su voluntad revelada también servirá como el estándar más elevado de lo que es correcto (Gn 18:25; Dt 32:4).

Tomadas conjuntamente, la voluntad revelada de Dios y los actos de Dios a favor de su pueblo son internamente coherentes y nunca se contradicen entre sí.

Además, nuestra comprensión de la justicia de Dios aporta integración y coherencia a todo lo demás atributos revelados de Dios, atributos considerados por los teólogos como incommunicables (eternidad, omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, santidad, etc.) o comunicables (bondad, amor, misericordia, etc.).

Es en esta coherencia integrada que podemos comenzar a comprender cuán distinto es Dios de su creación y cuán digno de reinar como rey. Sin embargo, al mismo tiempo, Dios actúa de manera justa a favor de su pueblo, demostrando que está presente e interesado activamente en sus vidas (Jr 9:24).

Estas acciones no sólo revelan sus atributos divinos a la humanidad, sino que también sirven como un estándar de justicia para cómo debe actuar su pueblo.

Por ejemplo, Dios, que es perfectamente santo, puede tener una disposición de misericordia hacia aquellos que otros podrían considerar que no son merecedores de ella, hacia un pueblo profano o impío. Entonces puede actuar a su favor de acuerdo con su amor y extender su gracia a través del medio extraordinario de enviar a su Hijo a morir en una cruz.

Debido a que Dios es justo (el estándar de lo que es correcto), el atributo de Dios de la santidad está en perfecta armonía con su disposición misericordiosa y sus acciones a favor de un pueblo que no la merece. Lo que parece paradójico o incluso absurdo para los seres humanos finitos encuentra coherencia en la justicia de un Dios eterno.

También se convierte en el estándar de justicia revelado por el cual juzgamos nuestra propia conducta.

Ahora bien, desde la caída (Gn 3), la naturaleza humana se ha visto contaminada por el pecado e incapaz de llevar a cabo el propósito original de estos mandamientos reveladores sin el empoderamiento sobrenatural del Espíritu Santo de Dios que mora en ella.

En el Antiguo Testamento, el hecho de que Dios morara entre su pueblo, un acto lleno de gracia, iba íntimamente ligado a su justicia. Al habitar en el tabernáculo y, más adelante, en el templo de Jerusalén, su ley no sólo revelaba cómo debía adorar fielmente su pueblo, sino también la manera en que debía vivir dentro de una comunidad que declaraba su nombre al resto del mundo.

Un individuo declarado justo ante los ojos de Dios cumplía fielmente los mandatos de la ley y, debido a la gracia de Dios, se le permitía existir y ministrar en su presencia.

En el Nuevo Testamento, la justicia de Dios se representa en su plenitud trinitaria tal como se revela en la persona y el evangelio de Jesucristo (Rom 1:16–17; 5:6–11; 10:1–4; Fil 3:8–11).

La muerte y resurrección de Jesús continúan la acción misericordiosa de Dios de investir a los individuos de su justicia, individuos que luego pueden existir en la presencia inmediata de Dios a pesar de su estado caído (Rom 4:1–8; Ef 4:24). En lugar de morar en la proximidad de Dios como hacía el pueblo de Israel, en el interior de los cristianos ahora vive el Espíritu Santo.

Las personas que han depositado su fe en Jesucristo son los destinatarios de la justicia de Cristo y se han convertido en una nueva creación (2 Cor 5:16–21).



Príncipe de Paz Ministerios

EL ATRIBUTO DE LA VERACIDAD SE REFIERE A LA FIABILIDAD DE DIOS, ES DECIR, SU IDENTIDAD COMO FUENTE DE TODA VERDAD Y LA CONFORMIDAD CONSTANTE DE TODA ACCIÓN Y REVELACIÓN DIVINAS A ESTA IDENTIDAD.



Príncipe de Paz Ministerios

La Biblia describe a Dios no sólo como un narrador irreprochable de la verdad, sino también como la fuente de la verdad misma. En otras palabras, la Palabra de Dios es verdadera no porque se ajuste a una realidad externa llamada “verdad”, sino porque su Palabra es una expresión de la verdad misma, es decir, la propia esencia de Dios.

Esta es la razón por la que las Escrituras insisten en que Dios “no puede mentir” (Tito 1: 2), ya que eso implicaría la negación de Dios de su esencia misma, lo cual es una imposibilidad.

La veracidad de Dios es un atributo “comunicable” porque en la medida en que la creación se somete a la Palabra de Dios, también puede participar en la verdad de Dios. Así, como dice Juan Calvino: “Si consideramos al Espíritu de Dios como la única fuente de verdad, ni rechazaremos la verdad misma ni la despreciaremos allí donde se presente, a menos que deseemos despreciar al Espíritu de Dios”.

Del mismo modo, se creía que los profetas hebreos hablaban con verdad “de parte de Dios” (2 Pedro 1:21) sólo en la medida en que su mensaje se demostraba que era cierto en relación con los eventos que predecían (Dt 18:21–22). Hablando desde un punto de vista ético, la identidad de Dios como verdad también explica por qué el engaño o el dar falso testimonio acerca del prójimo se considera una violación tan atroz de la vida de las criaturas ante los ojos de Dios.



Príncipe de Paz Ministerios

La teología cristiana a menudo apela a la veracidad de Dios en dos áreas concretas. En primer lugar, la veracidad de Dios habla de su fidelidad y, en consecuencia, de la seguridad que los creyentes pueden tener sobre la base de las promesas de Dios.

En segundo lugar, la veracidad de Dios está relacionada con la inspiración divina de las Escrituras y su consecuente veracidad infalible.



Príncipe de Paz Ministerios

La sabiduría de Dios es el perfecto juicio divino y la percepción que surge de su conocimiento infinito, y esta sabiduría es algo que comparte con sus criaturas según su necesidad y para su bien.



Príncipe de Paz Ministerios

La sabiduría de Dios está profundamente arraigada en sus obras en la creación y en la historia de la redención. La sabiduría de Dios es evidente en todos sus propósitos y decretos divinos, y está perfectamente encarnada en su Hijo, el Logos divino, “en quien están escondidos escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col 2:3). Dios es “omnisapiente”, todo sabiduría.

Dios es omnisciente, omnipotente, inmutable, y autosuficiente en su ser y sabiduría, pero no es una colección de fuerzas trascendentes. Es una persona, una persona cuya sabiduría se muestra a través de su providencia dentro de la historia.



Príncipe de Paz Ministerios

La sabiduría de Dios es Dios ejerciendo plenamente su infinito conocimiento, y sin embargo se deleita en compartir esta sabiduría con sus criaturas finitas. La sabiduría es un atributo comunicable de Dios. Por lo tanto, los seres humanos tienen las capacidades de la razón, la lógica, la percepción, la creatividad, la anticipación y muchos más. La sabiduría es la razón correcta, la lógica correcta, la percepción correcta, etc. Se nos prometen bendiciones si usamos estas capacidades con sabiduría.

Las Escrituras enseñan que “el temor del Señor es el principio de la sabiduría” (Prov 9:10; cf. Job 28:28; Sal 111:10). El verdadero discernimiento y la perspicacia divina solamente provienen de un afecto correcto hacia la fuente última de estas cualidades.



Príncipe de Paz Ministerios

La literatura bíblica sapiencial muestra la sabiduría de Dios y la profundidad y diversidad de las ideas de Dios. Desde la dramática poesía épica de Job, pasando por los aforismos de Proverbios y las reflexiones escépticas de Eclesiastés, hasta las ideas sencillas y prácticas de Santiago, la sabiduría de Dios está a disposición de aquellos que portan su imagen a través de su palabra.

Parado junto al nacimiento de toda esta sabiduría está Cristo, de quien el apóstol Pablo declara que es sabiduría, encarnada (véase Jr 9:23–24 con 1 Cor 1:30): Cristo, la sabiduría eterna de Yahvé (Prov 8:22).



Príncipe de Paz Ministerios

**LA IRA DE DIOS ES SU REPULSIÓN CONTRA EL
MAL, SU DECIDIDO DESCONTENTO CON EL
PECADO Y LOS PECADORES.**





Príncipe de Paz Ministerios

La ira de Dios no es un concepto popular en el Occidente liberal. Es ampliamente ignorado, negado o radicalmente reinterpretado. Sin embargo, es una doctrina destacada en la Biblia. En el Antiguo Testamento hay más de 580 referencias, en las que se utilizan más de veinte palabras diferentes.

En muchos casos, la ira de Dios se representa en términos radicalmente personales, como en Nahum 1:2–11. En el Nuevo Testamento se menciona nuevamente con frecuencia, aunque generalmente en términos menos personales, con algunos pasajes que afirman explícitamente que Dios está enojado.

Es ampliamente reconocido que las descripciones de la ira de Dios son antropomórficas o, para ser más precisos, antropopáticas.

Se presenta a Dios en términos humanos. Es importante no equiparar la ira de Dios con la ira humana, a menudo pecaminosa. Dios no tiene cambios de humor y no “pierde los estribos”. El amor de Dios también es antropopático; no debemos caer en el error de igualar el amor divino con el amor humano, con todas sus imperfecciones y distorsiones.

Entonces, ¿qué es la ira de Dios? Es su indignación ante el pecado, su repulsión al mal y todo lo que se opone a él, su disgusto por ello y la demostración de ese desagrado. Es su resistencia apasionada a cada voluntad que se pone en su contra.

C.H. Dodd propuso considerar la ira de Dios como un proceso impersonal, como el “proceso inevitable de causa y efecto en un universo moral”. Argumenta que en el Nuevo Testamento “la ira como actitud de Dios hacia los hombres desaparece, y su amor y misericordia lo abarcan todo”.

Al igual que Marción en el siglo II, Dodd rechazó la enseñanza del Antiguo Testamento sobre la base de una lectura selectiva del Nuevo Testamento, y al hacerlo redujo a Dios simplemente al amor. Este último argumentó no sólo que “Dios es amor” sino también que “Dios es luz”.

Pero no escasea en el Nuevo Testamento, sobre todo en los Evangelios, la enseñanza sobre el juicio activo de Dios sobre el pecado. P. T. Forsyth escribió de manera muy perspicaz sobre el “santo amor de Dios”.

El objetivo de Dodd al hablar acerca de la ira impersonal parece ser el de disociar a Dios de la ira y el castigo, mostrar la ira como un mero subproducto del pecado, no algo realmente querido por Dios. Tal postura no está exenta de implicaciones deístas: elimina un aspecto significativo de la vida humana del gobierno activo de Dios. También es profundamente inquietante. ¿Puede Dios realmente contemplar el abuso sexual y el asesinato de un niño sin ningún sentimiento de desagrado o indignación?

La ira no es un atributo eterno de Dios como sí lo son el amor y la santidad. Es su reacción en el tiempo al fenómeno del pecado. Además, la ira no es natural para Dios como sí lo es la misericordia. Isaías 28:21 lo llama su “extraña obra” su “extraña operación”. Dios es “lento para la ira”, tal como declara repetidamente el Antiguo Testamento, mientras que se deleita en mostrar misericordia (Sal 103:8). Los padres que tienen que disciplinar a sus hijos entienden esto.



Príncipe de Paz Ministerios

La ira de Dios no debe verse como algo opuesto a su amor, sino como una manifestación de ese amor. Lo opuesto a la ira no es el amor sino la indiferencia. El mandato de Pablo en Romanos 12:9 de que el amor sea “sin fingimiento” va seguido del mandato de aborrecer lo malo.

Un marido que amara a su esposa sentiría una ira celosa ante su infidelidad. La falta de odio hacia lo malo implica una deficiencia en el amor. Un “Dios” que no detestara el mal no sería digno de nuestra adoración, y de hecho no sería amoroso en el sentido en que la Biblia describe su amor.



Príncipe de Paz Ministerios

La Trinidad es el nombre colectivo dado a las tres personas que existen en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La doctrina de la Trinidad surgió porque era la mejor explicación de todo el alcance del testimonio bíblico sobre la identidad de Dios. La Biblia enseña claramente que sólo hay un Dios (Dt 6:4; Is 42:8; Stg 2:19) La Biblia enseña con la misma claridad que el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu es Dios. Cada uno de ellos hace cosas que sólo Dios puede hacer y recibe la adoración debida exclusivamente a Dios.

Estas personas no son partes desacoplables de Dios, ni tampoco son simplemente máscaras diferentes que él utiliza de acuerdo con los tiempos o funciones concretos. Algunos teólogos han distinguido a las personas como Creador (Padre), Redentor (Hijo) y Santificador (Espíritu Santo), y tiene sentido que estas distinciones puedan resultar útiles, pero en realidad cada uno de estos títulos y actividades se pueden aplicar por igual las tres personas como Dios.

La Biblia también enseña claramente que el Padre, el Hijo y el Espíritu no son idénticos entre sí o simplemente máscaras distintas que Dios se coloca de acuerdo con los tiempos o funciones particulares.

El Padre, el Hijo y el Espíritu son “personas” que interactúan entre sí y con nosotros de maneras distintas. Debido a que cada persona de la Trinidad es completamente Dios, comparten el mismo propósito y actividad, pero las formas en que piensan y actúan son diferentes en cada caso. Jesús les dijo a sus discípulos que era el Hijo único de Dios y que fue enviado por el Padre para cumplir su misión compartida de salvación.

También prometió que después de su partida enviaría a sus discípulos el Espíritu Santo que moraría en ellos, y que cuando el Espíritu viniera, el Padre y el Hijo vendrían con él.

La doctrina de la Trinidad también surgió porque explica la experiencia cristiana de Dios. Creemos que el Padre envió a su Hijo y al Espíritu para llevarnos a la salvación.

Creemos que el Hijo, y no el Padre o el Espíritu Santo, se hizo hombre, sufrió, murió y resucitó de nuevo para nuestra salvación, aunque no aparte de la obra salvífica del Padre y el Espíritu. Creemos que el Espíritu Santo mora en nuestros corazones por la fe, pero el Padre y el Hijo participan en esta presencia cada uno a su modo característico.

En nuestras oraciones, por lo general oramos al Padre, pero lo hacemos a través del Hijo y en el Espíritu Santo, para que nuestra adoración se dirija a las tres personas y no a una sola.

En la teología cristiana, la doctrina de la Trinidad a menudo se expresa mediante analogías. Quizás la más conocida sea la de Dios como amor. El amor nunca existe por sí mismo o en aislamiento; necesita tres componentes para ser verdaderamente amor.

Tiene que haber alguien que ama, alguien que es amado y el amor mismo que los une. Esta analogía se hizo famosa por Agustín de Hipona (354–430 d.C.).

El único problema serio con la analogía de Agustín es que puede despersonalizar inadvertidamente al Espíritu Santo como el vínculo del amor en lugar de ser una de las personas que ama.

La doctrina de la Trinidad distingue al cristianismo de otras religiones monoteístas como el judaísmo y el islam. Judíos y musulmanes no pueden aceptar que Jesucristo sea Dios el Hijo, ni piensan en el Espíritu como una persona por derecho propio.

Normalmente tampoco se refieren a Dios como “Padre”. Dentro del mundo cristiano ha habido grupos unitarios que también han rechazado la doctrina, pero los cristianos tradicionales no los consideran ortodoxos.

Ser cristiano es ser trinitario porque, aunque la palabra “Trinidad” no aparezca en ninguna parte en el Nuevo Testamento, el mensaje y la experiencia del evangelio resultan incomprensibles sin ella.



Príncipe de Paz Ministerios

La Trinidad existe eternamente como un solo Dios en tres personas, cuya unidad no es meramente de voluntad o acción, sino de sustancia (griego: ousia). Esta unidad de la Deidad es una doctrina que surge de las Sagradas Escrituras y se aclara con el término griego homooúsios utilizado por el Credo niceno-constantinopolitano.



Príncipe de Paz Ministerios

El credo central en el Antiguo Testamento es la afirmación de el Shemá en Deuteronomio 6:4, “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

El mismo clamor monoteísta se escucha a lo largo del Nuevo Testamento (1 Cor 8:4; Gal 3:20; 1 Tim 2:5; Stg 2:19), declarando que hay un solo Dios, mientras insiste en que este único Dios subsiste eternamente en tres personas distintas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

Una forma en que las Escrituras hablan de esta unidad ontológica es apuntando a las obras que son indicativas de tal unidad.

Esto es evidente en el Evangelio de Juan, donde Jesús relaciona la idea de que el Padre es revelado en él (Jn 14:9) con el concepto de que el Padre y el Hijo subsisten el uno en el otro (Jn 14:10).

Esta unidad pericorética (interpenetrante o “coinherente”) sirve de base para las obras que realiza Jesús, porque las Escrituras declaran que Jesús es la misma imagen y semejanza del Padre (Col 1:15; Heb 1:3) y aquel en quien el Padre es revelado (Jn 14:9) precisamente porque el Padre y el Hijo están “el uno en el otro” (Jn 14:10).



Príncipe de Paz Ministerios

Además, esta unidad pericorética se manifiesta en las palabras y obras del Hijo, que son las mismas palabras y obras del Padre (Jn 8:28; 14:10–11; 5:17).

Lo mismo se dice del Espíritu, que dice la verdad que oye (Jn 16:13), así como el Hijo hace lo que ve hacer al Padre (Jn 5:19).

Además de eso, las Escrituras hablan de las tres personas de la Trinidad como involucradas en la creación (Gn 1:1–3; Ef 3: 9; Jn 1:3; Job 33:4), la encarnación (Lc 1:35; Jn 1:14), la resurrección de Cristo (Gal 1:1, Jn 10:17–8, Rom 8:11) y la santificación de los creyentes (1 Tes 5:23; Heb 13:12; 1 Pe 1:2).

Otra forma en que las Escrituras hablan de la unidad de la Trinidad es a través de fórmulas trinitarias que, aunque reconocen la pluralidad, insisten en la unidad (2 Cor 13:14). Quizás el ejemplo más conocido, sin embargo, se encuentra en la Gran Comisión (Mt 28:19), en la que encontramos el nombre [singular] del [plural] Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Aparte de la realidad interna de la unidad trinitaria, la Biblia también habla del efecto de esa unidad en los creyentes. En la oración sacerdotal (Jn 17), Jesús le pide a su Padre que la unidad de los creyentes refleje la unidad de la Deidad (Jn 17:11, 20–3). En otro lugar, Pablo insta a su audiencia a “mantener la unidad del Espíritu”, principalmente debido a la unidad fundamental que se ve en la Trinidad (Ef 4:3–5, 1 Cor 12:12–13).

Aclarar la doctrina de la unidad de la Trinidad implica necesariamente afirmar lo que esa unidad no significa. Históricamente ha habido dos grandes desviaciones de la comprensión ortodoxa de la unidad y la pluralidad dentro de la Trinidad: el monarquianismo (1) dinámico y (2) modalista.

El monarquianismo dinámico enseña que sólo el Padre es Dios, lo cual excluye al Hijo y al Espíritu.

En el modalismo, por otro lado, el Padre, el Hijo y el Espíritu no son personas individuales dentro de la Deidad trina, sino tres modos de ser en los que existe una persona divina. Son meros roles que Dios juega, primero siendo el Padre, luego en la encarnación, asumiendo el papel del Hijo, y ahora, en la era de la Iglesia, desempeñando el papel del Espíritu.

El problema con ambos puntos de vista es que hacen que la salvación resulte imposible. Si, como insiste el monarquianismo dinámico, el Hijo y el Espíritu no son verdaderamente divinos, entonces no están en posición de lograr y aplicar la salvación que la humanidad necesita tan desesperadamente, ya que sólo Dios puede salvar.

De la misma manera, si el modalismo es verdadero y no hay distinción entre las personas divinas, entonces la humanidad del Hijo y la posterior muerte y resurrección son una farsa, dejándonos en nuestros pecados. Además, si Dios ahora se presenta como el Espíritu, entonces la naturaleza humana asumida por el Hijo se ha perdido y ya no estamos unidos al Dios que puede salvar. Frente a estas desviaciones heréticas, el cristianismo ortodoxo se ha aferrado continuamente a toda la enseñanza de las Escrituras, confesando que hay un solo Dios que existe eternamente en tres personas.



Príncipe de Paz Ministerios

Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Gracias